

En años de trabajo firmaron algunas de las obras más destacadas de la literatura universal, pero antes que escritores fueron sobre todo lectores. Entre los estantes de las bibliotecas vivieron sus mejores momentos y leyeron los libros de los que aprendieron. Muchos encontraron además en ellas un trabajo que, por su dedicación, se convirtió en una más de las obras que dejaron para la posteridad. Ángel Esteban (Zaragoza, 1963) recopila ahora las experiencias de una treintena de autores que en algún momento trabajaron como bibliotecarios en *El escritor en su paraíso*, publicado por Editorial Periférica y con prólogo de Mario Vargas Llosa.

Fue Jorge Luis Borges (Argentina, 1899-1986) quien "siempre" imaginó el Paraíso "bajo la especie de una biblioteca". Paraíso fue la colección de su padre, que definió como "el acontecimiento capital" de su vida, y también la Biblioteca Nacional de Argentina, de la que fue director durante dieciocho años. Tanto que algunos de sus biógrafos, recuerda Esteban, comentan que "mucho tiempo después de haber abandonado el puesto realizaba el recorrido habitual, a la misma hora de la mañana, hasta la puerta de la Biblioteca Nacional".

Como a Borges, la relevancia alcanzada en el mundo de las letras aupó a muchos escritores a puestos en bibliotecas. Fue el caso de Johann Wolfgang von Goethe (Alemania, 1749-1832), que acompañó la creación literaria con la gestión de la biblioteca del Duque de Weimar entre 1797 y 1832. Su celo en el trabajo, que contó con las recomendaciones de Schiller, convirtió la colección, señala Esteban, en "una de las joyas históricas y bibliográficas más grandes de Alemania", a pesar de que un incendio en sep-



Algunos de los autores más consagrados de la literatura mundial trabajaron en una biblioteca

tiembre de 2004 quemó y dañó cerca de 40.000 volúmenes.

Para algunos, como Rubén Darío (Nicaragua, 1867-1916) y Reinaldo Arenas (Cuba, 1943-1990), el trabajo en bibliotecas constituyó una de sus primeras inmersiones en la historia de la literatura y un punto de encuentro y reunión con lo más granado de la cultura. También lo fue para Stephen King (Estados Unidos, 1947), que trabajó en la bi-

blioteca de la universidad para financiar los estudios y coincidió con otros aprendices de escritores, incluida una chica "delgada y de risa escandalosa, con el pelo teñido de rojo y una minifalda amarilla".

Entre los dos extremos de bibliotecarios posibles, desde los que se limitan a la gestión hasta aquellos para quienes el puesto es una "ligera excusa" para "leer todo lo que cae en sus manos", destacan quienes brillaron en ambas facetas. Fue el caso de Benito Arias Montano (España, 1527-1598), encargado de buscar por Europa los fondos para la naciente Biblioteca del Escorial y que gozaba de privilegios para leer obras prohibidas por la Inquisición. Con su dedicación, convirtió la colección en "uno de los tesoros más preciados que pueden encon-

## El edén es de papel

Ángel Esteban reúne en 'El escritor en su paraíso', con prólogo de Mario Vargas Llosa, las experiencias de una treintena de autores de la talla de Borges, Proust y Solzhenitsyn, que en algún momento de sus vidas compaginaron la creación literaria con el trabajo en bibliotecas

Jorge Luis Borges imaginó el Paraíso "bajo la especie de una biblioteca" y dirigió la Nacional de Argentina

trarse en la Península", destaca Esteban.

También Marcelino Menéndez Pelayo (España, 1856-1912) amó la lectura, creación, gestión y coleccionismo en una vida de la que, según confesó, la biblioteca de más de 45.000 volúmenes que legó a Santander fue la única de sus obras de las que se sintió "medianamente satisfecho". Marcel Proust, los hermanos Grimm, Aleksander Solzhenitsyn y un largo etcétera encontraron en las bibliotecas un lugar de trabajo y hasta de terapia o de refugio, como Giacomo Casanova. En su ensayo, Ángel Esteban repasa sus vivencias y hace un homenaje a los libros en un tiempo en que, lamenta Vargas Llosa, "las nuevas generaciones de escritores trabajarán rodeados de pantallas en vez de estantes".

Beatriz Rubacado

Colum McCann nació en Dublín en 1965, pero desde hace veinte años vive en Manhattan. La construcción de los túneles subterráneos de la ciudad americana fue el punto de partida de su segunda novela, *A este lado de la luz* (1998). En 2009, se consagró ante la crítica con *Que el vasto mundo siga girando*, obra ambientada también en Nueva York y con la que ganó, entre otros, el National Book Award. Tras el éxito conseguido con un libro que partía del paseo que realizó el funambulista Philippe Petit entre las Torres Gemelas en 1974, McCann mira ahora al otro lado del océano, a su Irlanda natal, con una novela que explora su reciente proceso de paz y las conexiones históricas del país con Estados Unidos.

Realidad histórica y ficción se mezclan así en un título que abarca casi tres siglos, varias guerras y un deseo constante de paz. Por encima de personajes y hechos históricos, sin embargo, el protagonismo lo acaban tomando las mujeres de cuatro generaciones de una misma familia, que representan en sí mismas ese nexo entre ambos países que McCann reconstruye en *Transatlántico* (Seix Barral).

En 1919, recién terminada la Primera Guerra Mundial, cuando parecía que "todo era ya posible" y que "el mundo se había vuelto pequeño" de la mano de la Sociedad de Naciones y de la radio, dos pilotos curtidors de la contienda, Jack Alcock y Teddy Brown, realizan el primer vuelo transatlántico sin es-

calas. Desde Terranova, en Canadá, hasta Irlanda. Entre 1845 y 1846, el esclavo liberado Frederick Douglass atraviesa ese mismo océano para recabar apoyos, entre la sociedad inglesa de Irlanda, en contra de la esclavitud en Estados Unidos. Pero allí, Douglass se encontrará con la dura realidad de la hambruna que azota el país. En 1998, el senador George Mitchell realizará el mismo viaje en repetidas ocasiones hasta lograr el Acuerdo de Viernes Santo, fundamental para el proceso de paz en Irlanda del Norte.

Son los hechos reales que sustentan una novela que se adentra en "las profundidades insondables de la historia de Irlanda" y en la que los personajes descubren que en toda realidad "siempre hay sitio para al menos dos verdades". "Dicen que la historia siempre está de parte de la razón", reflexiona Douglass, quien lamenta a pesar de todo que "los sufrimientos del pasado" nunca po-



El autor irlandés vive en Estados Unidos desde hace veinte años



drán verse "enteramente resarcidos" por un futuro de "felicidad universal". "En caso de que tal cosa fuera posible", matiza el personaje, activista abolicionista y autor de una célebre autobiografía.

Pero más allá de personalidades históricas masculinas, McCann fija el foco en las mujeres, a menudo olvidadas por la historia. Personas que, según pone el autor en palabras del senador Mitchell, "nunca habían ido a la guerra, pero la habían sufrido, sangre y hueso".

Una carta que tardará cien años en abrirse será el nexo de unión entre dos continentes y cuatro generaciones de mujeres que, a caballo entre ambas orillas del Atlántico, vivirán en primera persona el hambre, la inmigración, la guerra y la violencia del terrorismo, pero en las que predomina la esperanza a través de las décadas. Así, McCann ahonda en la estrecha frontera que separa la realidad de la ficción y en los contornos difusos en que el presente se transforma en historia.

B. R.

## Vidas más allá del océano

Colum McCann mira a la historia reciente de Irlanda y la relación del país con Estados Unidos en 'Transatlántico', donde realidad y ficción se mezclan en una trama dominada por cuatro generaciones de mujeres de la misma familia